

HOMENAJE | Un diálogo con Agustín Letelier, maestro y crítico teatral:

“El teatro estuvo en mí DESDE MI NACIMIENTO”

Las amenas reflexiones y anécdotas de una vida dedicada a la crítica y a la enseñanza universitaria son relatadas aquí por Letelier, quien será homenajeado en la próxima Muestra Nacional de Dramaturgias. "Mejor será volver a las salas de teatro, pero la opción de llegar a públicos lejanos permanecerá", reflexiona a raíz de la pandemia.

ELENA IRRARRAZABAL SÁNCHEZ

Amante de la belleza, sencillo, culto y con una cortesía ya casi extinguida, a Agustín Letelier (1937) no le espantan las obras teatrales más crudas o vanguardistas. Tal vez porque el "parió" el teatro. "Durante una función de teatro a la que asistió mi madre hubo un gran temblor, quizás un terremoto. Ella se asustó mucho y nació en forma prematura", cuenta divertido. Su madre era aficionada al teatro. "Desde niño me llevó a ver obras de Alejandro Flores y Luchó Córdova. El teatro estuvo en mí desde mi nacimiento, pero nunca pensé ser actor. Mi interés principal siempre ha sido tratar de entender, y el teatro, con su complejidad de signos y su relación con los problemas contingentes, ha sido un riquísimo objeto de observación y estudio".

Casado con la abogada Patricia Bruzzone, siempre asiste con ella a las funciones. "Respetamos nuestras independencias, pero hacemos cosas todo juntos. Al teatro voy casi siempre con ella. Si Patricia no puede ir, invariablemente me preguntan por ella. Además, cuando escribo las críticas siempre se las muestro y acojo sus sugerencias", explica con cariño y admiración. "Han sido 56 años casados y cuatro años previos de una linda amistad, en que iba a ver a su casa en Quillota. Por lo tanto, sesenta años juntos. Ella me acompaña al teatro, yo miro sus escritos de derecho, compartimos las amistades. Durante muchos años estubo en el Poder Judicial y llegó a ser la secretaria abogada de dos presidentes de la Corte Suprema. Patricia es un ser de otro mundo".

“Ser profesor era una misión”

Siendo estudiante universitario, Agustín Letelier trabó amistad con el dramaturgo Juan Guzmán Améstica y con actores y directores como Fernando González y Sergio Aguirre, quienes fueron buenos amigos. Luego, como profesor en la Universidad Católica de "Literatura General Moderna y Contemporánea", abordaba a autores como Thomas Mann, Franz Kafka y también a dramaturgos como Samuel Beckett, Eugene Ionesco, Harold Pinter y Edward Albee.

“El curso era tomado por estudiantes de la Escuela de Teatro y Paz Irrarrázabal me integró al comité de programación de las temporadas del Teatro UC”, recuerda Letelier, quien fue el primer director del Instituto de Letras de la UC, en 1971. Más tarde, la pensada María Olga Delplano lo invitó a escribir críticas de teatro para “El Mercurio”, donde ha ejercido por más de tres décadas. “Para mí ser crítico de ‘El Mercurio’ fue como entrar a las ligas mayores y le dediqué mucho tiempo y esfuerzo”. En el año 2017, al cumplir 80 años, estimó que era hora de retirarse como crítico, aunque realiza colaboraciones ocasionales. Y todavía hace clases en el Centro de Estudios Asiáticos UC.

—¿Por qué decidió estudiar Literatura?

“Al terminar mi secundaria tenía una fuerte vocación religiosa, pensaba ser sacerdote y el ser profesor era algo parecido. Era un tiempo distinto, el profesor era la persona respetada y en esa decisión me apoyó el gran maestro que fue don Ernesto Livacic”.

—Le ha tocado vivir cambios intensos en la enseñanza universitaria.

“Comencé a hacer clases en la UC antes de la Reforma de 1970. Ser profesor era una misión. No se pagaba casi nada y los profesores debían tener otra actividad. Por ejemplo, nuestro gran lingüista Roberto Guerrero era jefe de redacción de la Cámara de Diputados, con la Reforma, se crearon los Diputados, se dio énfasis a la investigación y ser profesor universitario comenzó a ser una carrera. Otro cambio más reciente se da en la relación profesor-alumno. Al ganar importancia la investigación y las publi-



“En todo momento el teatro es apasionante. Pero hubo un tiempo excepcional con Jorge Díaz, Egon Wolff, Alejandro Sieveking, Marco Antonio de la Parra, Ramón Griffero, Juan Radrigán, Andrés Pérez”, dice Agustín Letelier.

El teatro, con su complejidad de signos y su relación con los problemas actuales, ha sido un riquísimo objeto de observación y estudio.

Lo que más se admira en la cultura japonesa es su central preocupación por la belleza”.

El aporte de Santiago a Mil para el desarrollo del teatro en Chile es casi imposible de medir en todas sus dimensiones”.



“El Teatro del Absurdo lo percibí en forma intuitiva, con claridad y fuerza. Imagen tomada por Combeau de ‘Esperando a Godot’, dirigida por Agustín Siré.”

caciones en revistas especializadas, la docencia y la relación con los alumnos se ha debilitado. Yo traté de mantener el centro en los alumnos y en dar un sentido vital a la literatura”.

—¿Fue variando su método como crítico?

“Creo que lo fundamental no ha cambiado, lo central ha sido siempre interpretar sus símbolos, valorar la forma y ver la función que tienen sus muchos lenguajes, pero claro, las obras han ido cambiando y esos elementos son ahora muy distintos, el trabajo del crítico es captar las diferencias e intentar su valoración”.

—¿Qué época teatral lo marcó?

“De distintos modos, las buenas obras teatrales siempre están conectadas con los proble-



“Ella es un ser de otro mundo. Me acompaña siempre al teatro, yo miro sus escritos de derecho. Sus observaciones son muy certeras”, dice sobre su esposa y compañera durante 60 años, Patricia Bruzzone.

mas actuales y en todo momento el teatro es apasionante. Pero hubo un tiempo excepcional: Jorge Díaz estrenó ‘El cepillo de dientes’; Egon Wolff, ‘La Balsa de la Medusa’; Alejandro Sieveking, ‘Animas de día claro’; Marco Antonio de la Parra, ‘Lo crudo, lo cocido, lo podrido’; Ramón Griffero, ‘Historias de un galpón abandonado’; Juan Radrigán, ‘Hechos consumados’; Andrés Pérez, ‘La Negra Ester’; obras que se han convertido en clásicos. Después han aparecido otros grandes autores, como Benjamín Galemiri, Manuela Infante, Natalia Cuelлар, entre los varios que ya se han convertido en figuras internacionales”.

— En el caso de Juan Radrigán, usted siguió toda su trayectoria.

“Radrigán nos mostró en sus primeras obras una realidad que estaba ahí y no la habíamos visto, la de los hombres que viven en la más completa marginalidad. El los mira con respeto y pone en su boca expresiones que pueden tener rabia interior por la injusticia, pero tienen altura poética y se centran en la dignidad. Con el tiempo Radrigán evoluciona y llega al canto épico en ‘Pueblo del Mal Amor’, pero siempre su mirada es de dolor por las carencias y de lucha por mayor equidad, justicia y dignidad.

—¿Cómo evalúa el impacto de la iniciativa Santiago a Mil en el medio teatral chileno?

“Lo que ha significado Santiago a Mil para el desarrollo del teatro en Chile es casi imposible de medir en todas sus dimensiones. Grandes conjuntos internacionales vienen al Festival, eso ha sido un impacto y un estímulo muy grandes. A las compañías nacionales, quedar seleccionadas les abre posibilidades difíciles de obtener de otra manera”.

Japón y la belleza

—¿Por qué se fue a vivir a Japón?

“A Chile vino un gran hispanista japonés, el profesor Shozo Masuda, fundador del departamento de Hispánica en la Universidad de Tokyo. Había obtenido fondos para contratar un profesor en Latinoamérica y tras visitar varios países, escogió a la Universidad Católica. La primera invitada fue la académica Isabel Mizón y al terminar su periodo, se me ofreció esa posibilidad. Partí por dos años. Luego se fue extendiendo y estando allá, me ofrecieron ser Agregado Cultural de la Embajada de Chile. Así llegaron a juntarse diez años”.

—¿Qué valores admira de esa cultura?

“Lo que más se admira en la cultura japonesa es su central preocupación por la belleza. La principal fuente de belleza es la Naturaleza. El icono japonés es el Monte Fuji. La celebración de cada Año Nuevo concluye con la observación de la salida del sol: ríos y bosques son objetos de culto y aún en las ciudades grandes se preocupan de que haya parques con árboles frondosos, lagunas y obras de arte. El florecimiento de los sakuras (cerezos) se sigue con devoción”.

“La valoración de la cultura es real y la amabilidad y el respeto son incalculados desde niños. Además, acostumbrados a nuestras enormes diferencias latinoamericanas, nos cuesta creer que en Japón casi no existan diferencias sociales. Existen, pero son mínimas y la distancia entre un salario mínimo y el máximo es de siete a ocho veces. Allí suelen decir: ‘Japón es rico pero los japoneses somos pobres’”.

—Usted ha destacado en Japón “el manejo de textos clásicos y el hecho de que los actores deben conocer mucho la historia, las obras principales, sus análisis”, ¿son rasgos muy distintos al teatro en Occidente?

“El estudio de las técnicas teatrales ocupa muchos años a los actores japoneses y cuando llegan a ser profesionales todavía requieren siete u ocho años de práctica para ser considerados verdaderos actores. Las obras clásicas son conocidas de memoria por la mayoría del público y se va al teatro para apreciar cómo se interpretan, no para conocerlas. Un gran director conduce a los actores hacia la concepción adecuada de cada personaje, algunas variaciones son permitidas, pero siempre que no se aparten de lo que el personaje es”.

“Hay teatro moderno en Japón y tiene un público entusiasta, pero no compete con las grandes compañías de repertorio clásico. En todo campo el respeto al pasado es esencial, en cada familia se conocen los antepasados hasta siete u ocho generaciones anteriores y la mayoría cree reconocer, en sus actitudes, aspectos de una vida anterior”.

Teatro actual y coronavirus

Agustín Letelier cuenta que ha sobrellevado bien la pandemia y no rehúye los avances tecnológicos. “Con nuestra hija y su esposo, que viven en Japón, conversamos desde hace años por Skype. Nuestro nieto vive con nosotros, nos introduce a las nuevas tecnologías y nos alegra la vida. Patricia y yo seguimos realizando nuestras actividades por Zoom, mail o celular”.

—“El teatro actual me resulta un poco lejano”, dijo hace poco. ¿Por qué?

“Cada generación es producto de las circunstancias en las que le tocó vivir. Eso incluye múltiples elementos: la formación personal, los maestros, las experiencias, las lecturas, las amistades. Yo pertenezco a la generación que descubrió el abstraccionismo, que en teatro produjo el Teatro del Absurdo. Ese movimiento lo percibí en forma intuitiva, con claridad y fuerza. ‘Esperando a Godot’ de Samuel Beckett me produjo un vuelco en muchos aspectos”.

“Después, creo que he ido comprendiendo los cambios que se han producido, pero la matriz básica es muy distinta, los jóvenes de hoy deben percibir con claridad, a mí paulatinamente le ha ido costando más y tendería a encontrar que son formas insuficientes o equivocadas, pero sería injusto y erróneo pensar de esa manera. Sigo esforzándome por ser fiel con la obra que analizo, pero es claro que ya soy de otra generación y para no ser injusto es mejor alegrarme. Sin embargo, obras como las de Benjamín Galemiri, Manuela Infante o de Natalia Cuelлар en Botch me hacen vibrar y las encuentro estupendas”.

—¿Qué le parece el teatro por Zoom?

“El teatro por Zoom fue al comienzo muy elemental, caras pegadas al computador y textos muy básicos. Paulatinamente se han introducido técnicas de iluminación, diferentes puntos de vista y textos más complejos. Hábita antecedentes, pero la situación actual obligó a su uso masivo. Estamos todavía en las primeras etapas, pienso que seguirá perfeccionándose y por su capacidad para llegar a más personas y lugares, permanecerá. Ahora, mejor aún será volver a las salas de teatro y que actores y público nos reencontremos”.

Definiciones

■ **DRAMATURGO QUE LO CONNUEVE:** Samuel Beckett.

■ **DIRECTOR CHILENO QUE HA ADMIRADO:** La creatividad de Ramón Griffero y Herbert Jonckers. En la actualidad, la de Francisco Krebs y Cristián Plaza.

■ **SALA DE TEATRO MÁS BONITA:** El conjunto de salas de teatro, ópera y arte del Teatro Nacional de Beijing.

■ **MEJOR ACTRIZ Y ACTOR CHILENOS:** Como actrices, Bélgica Castro y Marés González. Actor excepcional fue Agustín Siré.

■ **EXPERIENCIA INSÓLITA:** En una función experimental en la Escuela de Teatro de la U. de Chile, nos sentamos en círculo alrededor del escenario. En un momento un actor tomó de un pie a Eugenio Dittborn y comenzó a arrastrarlo al escenario. Él, con buen ánimo y condecor del teatro moderno, lo dejó hacer. Otros actores se disculparon.

■ **PIEZA DE SHAKESPEARE:** “Macbeth”. Su leidez para mostrar la deformación humana que trae el poder tiene plena validez hoy.

■ **OBRA QUE LO SOBRECOCIÓ:** El misterio que surgió en la obra de teatro Noh “Izutsu”, en la simplicidad de un escenario antiguo, dentro de una moderna construcción en Nagoya. Y casi con igual fuerza, la obra de Radrigán “Hechos consumados”, con Pepe Herrera y Mariela Roi.